

mas difícil de las empresas, la de libertar á un mundo entero, gozáos desde la morada inmortal donde viven cercados de esplendor eterno los defensores de su patria; al ver colmadamente satisfechos los ardientes votos que se oyeron salir de vuestra boca al exhalar el último aliento. ¿Cuál fuera hoy, sin vuestros sublimes sacrificios, la suerte de la nacion atada al carro de la España, ya pacientemente sometida al despotismo monocal, el mas degradante de todos, ya agitándose inquieta á las sangrientas convulsiones de la anarquía demagógica?

Apenas nuestra conquistada independencia quedó incontrastablemente afirmada, una reaccion cruel, apoyada en un ejército extranjero, proscribió hasta los últimos vestigios de las instituciones liberales, restableciendo en toda su horrible plenitud el poder absoluto, terminado solo con la vida del monarca: su abominable cetro pugnó por extenderse á nosotros, y llegó hasta las orillas del Pánuco, confiado y seguro de un triunfo que convirtió en vergonzoso rendimiento el valor de nuestros guerreros, animados del mismo espíritu que inflamó á los campeones de Dolores.

Siguióse una guerra intestina, mas de principios que de sucesion, en que los dos partidos implacables que han dividido la España, se disputaron encarnizadamente el poder, destrozándose unos á nombre de un iluso pretendiente, y otros bajo las banderas de una reina que invocó, bien aconsejada y dirigida, los principios de libertad, estos principios sacrosantos que son la pasion mas ardiente y pronunciada de nuestro siglo. En esta lucha desoladora, si aun no hubiésemos sacudido la coyunda de la dependencia, puede con verdad asegurarse que las autoridades españolas, encargadas de conservar á la Metrópoli estas ricas posesiones, habrían proclamado legítimo el partido de D. Carlos, como mas conforme á sus miras de subyugacion y tiranía, al mismo tiempo que el contrario bando, con mejores títulos en favor de sus derechos, hubiera enviado fuerzas para sostenerlos, como en los años de nuestra primera insurreccion los dominadores de Cádiz, liberales hasta la anarquía, despacharon sus mejores tropas para apoyar el visirato de los vireyes. La con-

secuencia inevitable de este estado de cosas, no podia ser otra que la agravacion del yugo europeo, cada vez mas difícil de romper, en medio del menoscabo de la poblacion, de la ruina de la riqueza pública y de todos los principios de prosperidad que va desenvolviendo, aunque con lentitud é insensiblemente el influjo de la libertad. Compárese nuestra situacion actual, por desconsolada y melancólica que quiera figurarse, con la que tendríamos sometidos á los vacilantes gobiernos de España, que ya hemos visto lo que saben hacer en el corto resto de sus posesiones ultramarinas, regidas por códigos excepcionales, que aquí no pudieran adoptarse por la extension del país, su riqueza, el carácter de sus habitantes, su ilustracion y un conjunto de circunstancias particulares que en nada nos asemejan á los pobladores de la Habana, contenidos por el temor del levantamiento de los negros. Así lo ha reconocido la misma España, abjurando los principios de su antigua política, y reconociendo solemnemente la independencia misma proclamada en Dolores, cuyo triunfo celebramos en este dia, para no olvidar jamás los inmensos sacrificios á que la debimos, ni la gloria de sus inmortales autores. Ellos, al mismo tiempo que calcularon las resistencias que habian de encontrar, previeron que el incontrastable esfuerzo empleado para vencerlas, iria quebrantando el poder que las oponia, incapaz de sostener por mucho tiempo el impulso de una nacion entera, empeñada en darse una nueva existencia política.

No lo dudemos: la independencia nació de causas inevitables: ella hubiera venido mas tarde ó mas temprano; pero fué determinada por los héroes de Dolores, á quienes debemos colocar en la clase de aquellos hombres privilegiados que añaden alguna cosa á la fatalidad misma, son su mas activo instrumento y dividen con ella su imperio. Sin las causas antecedentes no se concebiria la accion de estos hombres; pero sin estos hombres las causas parecerian por sí mismas insuficientes, y serian alejadas en sus efectos. Este es el fundamento del mérito que en ellos se reconoce, de la superioridad que los eleva sobre el comun de sus conciudadanos, y de la justicia de las recompensas que obtienen. Los pueblos

todos, por una especie de instinto irresistible, se han convenido en mirarlos como á los bienhechores que la Providencia ha escogido entre ellos para la ejecucion de sus designios de misericordia. Las instituciones, los establecimientos públicos, toda la economía social lleva el sello de esta conviccion que da á las demostraciones con que la expresan, aquel carácter de popularidad y franqueza, vanamente solicitada por los tiranos en la pomposa etiqueta de sus ceremonias: destinadas á perpetuar la memoria de la servidumbre, y á fortificar los sentimientos de abyeccion y envilecimiento, que son su mas sólido apoyo, jamás logran el asentimiento de los corazones ni arrancan un solo signo de aprobacion que salga de ellos sin violencia.

En los tiempos mas antiguos de la conquista española, el aniversario del 13 de Agosto, instituido por real cédula (4) pasaba casi sin ser percibido del pueblo, y el ridículo aparato con que el pendon cruzaba las calles en mimico paseo, se miraba como una especie de farsa oficial, representada solamente por la grave y desdeñosa aristocracia. ¡Cuán diferentes nuestros regocijos nacionales en que el pueblo todo, reunido espontáneamente por los mas sublimes motivos, se entrega sin desórden á los trasportes de la mas viva alegría! Traigamos á la memoria el aspecto melancólico y severo que presentaba esta capital la tarde del 12 y la mañana del 13 de Agosto, y cotejándolo con la noble exaltacion que nos anima en esta fiesta verdaderamente popular, hagámonos merecedores de tan señalados beneficios, besando agradecidos la Mano Omnipotente que nos los dispensa. Indicios seguros de su soberana proteccion, vemos resplandecer en las circunstancias que felizmente han ocurrido á realzar el esplendor de este dia, en que un hijo esclarecido de la patria, elevado por la reunion de todos sus votos al sublime honor de regirla, recibe el depósito sagrado de la voluntad pública en medio de las efusiones inexplicables de gozo con que celebramos el memorable 16 de Setiembre. Así lo ha querido la ley que en la designacion de este dia para la instalacion del Supremo Magistrado (feliz presagio de la prosperidad de su gobierno), ha llevado sin duda el alto designio de identificar

en cierto modo su gloria con la de los primeros promovedores de nuestra independencia, sancionando así el merecido concepto de las amables y benéficas virtudes que le adornan, y que veremos con admiracion brillar en el magnífico espectáculo de la libertad pública, de los grandes intereses que ella produce, de las nobles pasiones que excita y de las recompensas que prepara.

NOTAS.

(1) El oidor D. Guillermo de Aguirre, principal consejero del virey Venegas, en los tenebrosos conventículos que se tenían en palacio, para idear algunas trazas de conjurar la deshecha borrasca que ya amagaba á la capital, opinó el 20 de Octubre de 1810, que sin mover de ella las fuerzas que la guarnecian, sobraban cuatro hombres y un cabo armado de un buen *chirrión*, para ahuyentar las numerosas reuniones que el citado virey tenía ya encima. Lo punzante del insulto se embota en lo absurdo del consejo.

(2) El 3 de Agosto de 1811, fué descubierta en esta Capital, una conjuracion, cuyo objeto era apoderarse de la persona del Virey Venegas, y conducirla á Zitácuaro, donde á la sazón residia la Junta, por cuya disposicion se habian acercado algunas partidas que obraban en combinacion con los de adentro. Una casualidad hizo descubrir el plan al tiempo mismo de ir á ejecutarse. Sin embargo de ser innumerables las personas complicadas en él, no fué posible dar con ninguna de ellas, habiendo sido inútiles las mas esquisitas diligencias practicadas al efecto; pero como era preciso un ejemplar severo, se echó mano del primero que pareció á propósito, y esta fatalidad tocó precisamente al que ni noticia ni antecedente alguno tenía de la conspiracion. El Lic. D. Antonio Ferrer, contra quien nada resultó del proceso formado por el tribunal revolucionario, llamado *Junta de seguridad*, fué, no obstante, ejecutado en la plazuela de Miscalco, adonde se le condujo con todo el aparato y lujo de terror que pareció conveniente para humillar á la distinguida clase de abogados, contra la cual habia las prevenciones que la ilustra-

cion inspira siempre á los tiranos. Las víctimas de Guajuato en la ocupacion sangrienta de esta ciudad por Calleja, fueron tambien por la mayor parte inocentes; y aunque no puede negarse esta cualidad á los que habian tomado parte en la insurreccion, cuyo objeto era libertar la Patria, queremos decir que las ejecuciones recaian, por lo comun, en los que no podian ser acusados de éste, en concepto de los españoles, imperdonable delito. Cuando no quedaba duda de la culpabilidad de los supuestos reos, no se contentaban con la pena capital, de que no habia razones que pudieran eximirlos, sino que se les hacia sufrir en medio de los insultos, y befas á que provocaban al mas bajo y soez populacho, entre el cual se mezclaban; sin notarse diferencia, los expedicionarios que vinieron á fomentar la guerra civil. Al valiente Torres ahorcado en Guadalajara por sentencia arbitraria de D. José de la Cruz, se hizo vestir con las insignias de general, y en medio de una pompa burlesca, en que se le prodigaban los epítetos mas inmundos é irritantes, se le paseó por las calles principales de la ciudad, prolongándose por mas de dos horas este tormento hasta el pié de la hórca, donde terminaron estas bárbaras saturnales de la crueldad.

(3) A fines de 1814, fué hecho prisionero en Huichapa D. Francisco Villagran, vulgarmente conocido con el nombre de Chito. Su padre, D. Julian que desde el año de 11 sostenia bizarramente la plaza de Zimapan, recibió una intimacion para que la rindiera, bajo la promesa de que se libertaria su hijo y él obtendria el indulto. Contestó heroicamente negándose como otro Guzman el Bueno, á tan indigna propuesta, y sacrificando á consecuencia su hijo en el mismo pueblo de Huichapa, donde se escogió para la ejecucion, la esquina de su casa, en que quedaron estampados los sesos que hicieron saltar las balas, se quiso en las gacetas oscurecer la gloria de tan heroica accion, atribuyéndola á la barbarie de un padre desnaturalizado. No faltó quien entonces mismo echáse en cara á los españoles su inconsecuencia en vituperar en un americano lo mismo que tanto exaltaban en un paisano, cuyo nombre es uno de los que mas adornan las páginas de su historia. A poco tiempo fué sorprendido por

traicion el mismo padre, que sufrió igual suerte como lo prevenia, resueltamente en su contestacion; y por esto se asienta en el texto, que fué doblemente meritoria la accion en el héroe mexicano.

(4) Por cédula expedida en Madrid en 28 de Mayo de 1530, se mandó que el estandarte real saliese todos los años acompañado de la audiencia, nobleza, y cabildo secular, que era la aristocracia del pais. Tambien se mandó que el tal estandarte se hiciese de damasco encarnado y verde, con las armas de la ciudad, y se le pusiese por orla esta sentencia trivialísima é insulsa, expresada en latin detestablemente macarrónico: *Non in insultitudine consistit victoria; sed in voluntate Dei.*

OBSERVACIONES.

En el discurso que he presentado al lector de este ilustre mexicano, es digno de llamar la atencion, la exactitud y precision con que refiere los primeros sucesos que tuvieron lugar al efectuarse nuestra independenciam, presentando la verdad histórica con toda propiedad. Actor y de los principales en el movimiento nacional, el Sr. Quintana Roo, traza con mano maestra las grandes dificultades y gravisimos peligros á que se exponian sus ilustres caudillos, al emprender la lucha con el gobierno colonial. Sus juiciosas apreciaciones al examinar la posicion de los combatientes, manifestando los abundantes recursos de los realistas, así como con el poder é influencia que dan trescientos años de dominacion, mientras que los independientes destituidos de toda fuerza, solo se apoyaban en la justicia de su causa. Tan instructivo como ameno este discurso, su lectura deja agradablemente impresionado el espíritu del lector, dando á conocer el cúmulo de dificultades con que tuvieron que vencer los padres de la Independencia nacional.

De buena inteligencia, de vasta erudicion y muy avezado el Sr. Quintana Roo á las luchas parlamentarias, su lenguaje es correcto, su estilo fluido y ameno, su diction vigorosa y elevada, circunstancias todas que contituyen al buen orador.

Habiendo dado á luz los ilustrados redactores del decano de la prensa (*Siglo XIX*) en su número 12,019, uno de los discursos mas notables del Sr. D. Manuel Gómez Pedraza, he creido conveniente reproducirlo en mi «Galería de Oradores» no obstante de haber ya publicado de este orador un discurso de gran mérito. El presente puede considerarse de actualidad, por tratar en él su autor de la cuestion con los Estados Unidos.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. D. MANUEL G. PEDRAZA, PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE SENADORES, EL 24 DE MAYO DE 1848, EN LA DISCUSION SOBRE APROBAR Ó NO EL TRATADO CELEBRADO ENTRE EL GOBIERNO DE MEXICO Y EL DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA.

Si es un deber de los que componen una comunidad procurar de todos modos el bienestar y la prosperidad de la misma, con mas razon están obligados á ayudarla en sus conflictos: en el hombre social esa obligacion crece á medida que el peligro comun aumenta, y cada cual debe poner en la balanza aunque sea un grano de arena, si no alcanzare á mas.

Ese deber entre nosotros, senadores, es supremo y sagrado; porque elegidos por la patria para protegerla en la hora de la angustia, somos responsables y hasta cierto punto árbitros de su suerte ulterior; y porque de nuestra conducta dependen el bien ó el mal futuros, la gloria ó la ignominia de nuestra raza, el sér ó no sér de la nacionalidad mexicana. Una horrible tempestad nos combate, y para salvar á los pueblos del naufragio, nos han honrado con su voto y con su confianza.

Los grandes acontecimientos sociales de que nuestra generacion ha sido testigo, asombran y sorprenden por su magnitud; porque es propension natural del hombre sorprenderse de todo lo que excede los límites de su comprension; pero como para formar conceptos seguros importa despreocuparse de cuanto sojuzgue ó extravíe la razon, de ahí es que debe-

mos huir de cualquiera prevencion que nos pervierta el juicio, procurando enseñorearnos de nosotros mismos y adquirir ese que se llama sangre fria, que no es otra cosa que el uso libre de la inteligencia, y el dominio de nuestros sentimientos.

Estos son los principios que me he propuesto observar al emitir mi voto acerca del grave negocio que nos ocupa; ni podria adoptar otros sin peligro de extraviarme; porque ignorante de la jurisprudencia, nada acertado pudiera decir sobre los derechos de las naciones ni sobre sus pactos, alianzas ó tratados; ciencia conocida con el nombre de derecho internacional ó código de gentes; pero cuyos derechos, no obstante las pomposas denominaciones con que los publicistas han querido realzarlos, siempre y por siempre han sido violados por el mas fuerte: me reduciré, pues, á manifestar lealmente mi modo de entender las cosas, y me explicaré como político, sin que se entienda que atribuyo á esta prestigiosa palabra, el arrogante significado que se la quiera dar: la política para mí, es un arte conjetural que si conduce á prever ciertos acontecimientos próximos, producto de causas muy notorias é inmediatas, deja en completa oscuridad al que aspira á determinar y aun á dirigir los sucesos lejanos; que trastornando los imperios mudan la faz de las sociedades, sometiéndolas á su pesar á leyes tan fijas y tan indefectibles como las del mundo físico. Más claro, deseo presentarme ante el Senado cual un hombre de la naturaleza que hace uso de su sana razon: mis raciocinios se apoyarán en los hechos y solo en los hechos; ya en aquellos que he adquirido en el curso de mi existencia; ya en los que han venido á mi noticia por la tradición oral; ya, en fin, en los que he leído en la historia: así desempeñaré hasta donde me sea posible la noble, al paso que tremenda mision de que estoy encargado: contribuiré con el óbolo humilde de la viuda, puesto que no me es dado cooperar de diversa manera.

¿Qué nos dice la historia bíblica, una de las mas antiguas que conocemos, acerca del hombre y de la sociedad? ¿Qué nos cuentan Herodoto, Estrabon, Xenofonte y demas historiadores posteriores? Esos escritores nos bosquejan á los

hombres tales cuales los conocemos. Sojuzgados por las mismas pasiones, impulsados por iguales intereses y determinados por los propios motivos, han representado invariablemente las mismas excenas, y tanto individual como colectivamente la raza humana ha hecho lo que hoy nos sorprende, nos admira y nos confunde. Diríase que hay una senda de procedimientos de la que no es licito desviarse: de ahí es que deseando los sábios de todos los siglos averiguar las causas de esos incomprensibles fenómenos, discurrieron el hado de los gentiles, los dos principios de los maniqueos, el fatalismo filosófico y religioso de los turcos. El hombre meditativo naturalmente se pregunta á si mismo: ¿cuál es la causa de ese encadenamiento de sucesos invariable y perpetuo, que arrastra al hombre á obrar de la misma manera, revolviéndose dentro de un círculo fatídico que no puede romper? Yo no lo sé, señores, ni creo factible que llegue el dia en que se adivine el enigma.

Pero circunscribiéndome á los hechos, y solo á los hechos, que cuando son positivos desconciertan todos los cálculos del saber humano, diré que en la historia he visto que las naciones nacen, crecen, progresan, se conservan por algun tiempo estacionarias, y al fin declinan, se degradan, se debilitan y desaparecen sin dejar casi vestigio de su existencia. ¿En dónde están la populosa Thebas de cien puertas, la soberbia Memphis, las quinientas ciudades y cinco mil aldeas de los tiempos de Sesostris? Todos esos prodigios de la industria humana han desaparecido, y apenas hoy se encuentra uno que otro resto de la magnificencia y bienestar de aquellos pueblos sumidos entre las tierras acarreadas por las aluviones del Nilo. El Egipto de nuestros dias es un país habitado por indígenas abyectos, encorvados bajo del alfange de la soldadesca extranjera.

Y la gloria de Nínive, el poder de Babilonia, el lujo de Palmira, ¿qué se han hecho? Algunos restos hundidos en las arenosas riberas del Euphrates, es solo el testimonio que nos queda de la vida de aquellas naciones; y el curioso viajero á expensas de grandes fatigas y de no menores gastos, se cree feliz si consigue un chapitel mutilado, algun carcomido relie-

ve para adornar el gabinete del anticuario; al paso que el filósofo observador, cual otro Mario sobre las ruinas de Cartago, sentado encima de una columna trunca, deplora las vicisitudes de los imperios y la fragilidad de las obras humanas.

¿Qué nos resta de la encantadora Grecia, foco de la civilización y cuna de la poética mitología? Algunas ciudades degradadas, pocos edificios derruidos y un pueblo semi-salvaje, embrutecido por la dominación de los sectarios de Mahoma, y en nada mejorado por el nuevo rey que le impuso la Europa.

Y Roma, la espléndida Roma, la ciudad de las siete colinas, la señora del mundo, ¿qué es hoy? Un ejemplo de caducidad europea. ¿Quién habría dicho á Rómulo, fundador de la prepotente metrópoli, que á vuelta de algunos siglos el emporio de la ambición, el plantel del heroísmo, se convertiría en un lugar de tristes recuerdos; en sepulcro de la Roma antigua, y cuyos habitantes, según Dupaty, son los gusanos? ¿Qué político habría augurado los acontecimientos de los diez y ocho últimos siglos? ¿Ni qué exámen bastaría para acertar con las causas eficientes de esos gigantescos movimientos sociales? Todo, pues, está determinado, y todo ha de suceder á pesar de nuestra impotente oposición é interminables debates: y siendo esto así, la prudencia aconseja plegarse á las circunstancias y sacar partido de acaecimientos en que no podemos influir, y hé aquí, señores, á todo lo que se reduce la decantada ciencia política. Pero si no nos es permitido conocer las causas verdaderas de esas grandes catástrofes, si es posible conjeturar y aun pronosticar el porvenir de las sociedades actuales; porque si las leyes del mundo moral no se han mudado, las consecuencias serán las mismas. Hubo un tiempo en que la Asia fué el asiento de la civilización, y entonces el resto del mundo yacía en la barbarie; su vez le vino al Egipto, la suya á la Grecia: Roma después se alzó como heredera de aquella civilización, y si ella fué el principio de la cultura europea, también despojó á las otras naciones cultas de tan bello patrimonio. Parece que la Providencia no quiso entonces prodigar sobre la tierra el gran bien de la

ciencia, y que se contentó con encender el fanal de la civilización y pasearlo por encima de determinados pueblos, para trasportarlo á otras regiones, dejando á los primeros hundidos en tinieblas.

Así vemos á la Asia, antiguamente ilustrada, hoy bárbara y estúpida, y á la Europa embrutecida en aquellos tiempos, hoy culta y sábia; pero esa prerrogativa no está vinculada en aquella parte del mundo, antes bien es de temer que la decadencia suceda á la ilustración y prosperidad de que ha gozado. En el decurso de los siglos, las florecientes capitales de Europa ofrecerán quizá un cuadro de desolación cual lo presentan ahora las antiguas metrópolis asiáticas. En sentir de Descartes, la materia y el movimiento forman los mundos; y en mi humilde opinión, la actividad y el tiempo producen las obras humanas; pero así como el movimiento se vuelve á su vez vehículo de la desorganización, el tiempo también se convierte en germen de la destrucción.

¿Y será posible que algún día se arruinen esos trofeos del orgullo humano, que hoy admira el atónito viajero, y que parece desafiar al tiempo y á los elementos? Lóndres, por ejemplo, la ciudad mercantil de nuestro mundo actual, ¿dejará de ser alguna vez? Sí, señores; esa altanera capital sufrirá los efectos de la ley universal; la gloriosa Albion, rival de Roma en el poder y en la ambición; de Tiro, en el lujo y en la riqueza; de Cartago, en la navegación y en la política; esa Albion, dominadora de los océanos, emporio del comercio de nuestro siglo, que con sus numerosas escuadras ciñe y oprime al universo, pagará también el debido tributo, y tiempo vendrá en que el navegante busque diligente en las fangosas orillas del Támesis á la metrópoli inglesa, y de que solo encuentre en su lugar playas pantanosas habitadas por asquerosos reptiles.

Esta sencilla exposición, tomada é inferida de los hechos históricos, me induce á sacar consecuencias análogas de otro orden, pero que tienen en su apoyo los hechos de nuestra edad. La especie humana, considerada colectivamente, también está sometida á las mismas leyes que rigen á las fracciones que llamamos nación; la diferencia consistió en que los

plazos de su existencia son mucho mas dilatados; porque la longevidad es proporcionada al sér que disfruta de vida: un hombre recorre su periodo en pocos años, una nacion en algunos siglos; la duracion de la especie es incommensurable.

Mas no por eso deja de estar sujeta á las reglas de cuanto existe; el hombre apareció sobre la tierra, se multiplicó y se asoció; ese cuerpo moral creció, hoy progresa, algun dia quedará estacionario, declinará y concluirá.

Las sociedades primitivas, por dilatados años fueron lo que debieron ser, ignorantes y salvajes; y si llegaron á mejorarse, fué con una lentitud prodigiosa, y que huye del cálculo; los progresos del hombre, cuyo principal origen es la innata actividad de su organizacion, dependen, sin embargo, de mil accidentes fortuitos; un diluvio, una guerra, un incendio, la tiranía de uno solo, han condenado repetidas veces al embrutecimiento á mas de un pueblo.

Pero como el estímulo cardinal del progreso deriva de un principio fijo, la sociedad al cabo ha triunfado, sobreponiéndose á los obstáculos; y derramada hoy la civilizacion por una grande superficie del mundo, no parece posible ya ni que se aniquile, ni que se contenga. Actualmente el hombre moral adquirió el vigor de la virilidad, y, semejante al fabuloso Briareo, extiende sus cien brazos hácia todas partes, y fuerte por la inteligencia y por la ciencia que protege sus deseos, nada le arredra, todo lo emprende, y no es posible, ni aun presumir, hasta qué termino lo llevarán sus esfuerzos.

De aquí nace la inquietud que de un siglo á esta parte agita á los pueblos cultos: las instituciones que heredaran de sus progenitores ignorantes, no cuadran con su actual existencia moral, porque no satisfacen las nueyas necesidades adquiridas, y buscan un otro modo de sér. Actualmente el mundo civilizado representa un drama político, y nosotros figuramos un episodio en ese inmenso drama. ¿Qué podrá resistirse á los esfuerzos de masas numerosas, activas é inteligentes? Nada sin duda; y el querer reprimir ó contener ese movimiento simultáneo es un absurdo.

Tal es, señores, la época en que existimos; estamos, por decirlo así, colocados enmedio de una vorágine revolucionaria

que todo lo arrastra y lleva tras de sí, y la política aconseja doblegarse á lo que no podemos resistir sin estrellarnos. A nuestra vista han pasado acontecimientos extraordinarios que no han fijado bastantemente nuestra atencion: la independencia de la América española ha sido uno de esos gigantescos sucesos; y si el descubrimiento del Nuevo Mundo cambió la faz del antiguo, la emancipacion de aquel continente producirá resultados inmensos: la Providencia ha dispuesto que esta parte del globo, que por innumerables siglos estuvo condenada á la soledad é inaccion, salga á la escena, y que se presente á figurar en ella de la manera grandiosa que corresponde á sus cuantiosos elementos. Al continente de colosales montañas, de inmensos rios, de vastos lagos, poseedor de todos los climas, dotado de la vegetacion mas exuberante y de deliciosas temperaturas, dueño de las mas ricas minas, y señor de los dos océanos, corresponde ser el receptáculo de naciones ricas, libres y gloriosas: así está indicado y así será, sin que nosotros podamos contener por un solo instante el curso de las cosas. ¿Qué nos queda, pues, que hacer? Nos queda, señores, el arbitrio de procurar que nuestra raza sea el núcleo de una de esas futuras sociedades.

Al realizarse la independencia de México, nuestros hombres de Estado, ó no comprendieron la situacion moral del mundo, ó fueron tímidos como colonos recién emancipados, y no se atrevieron á emprender el solo camino saludable: deseosos de gozar de libertad, pero incapaces de desprenderse de las preocupaciones y de desviarse de las rutinas de la educacion que recibieron, adoptaron el término medio que nos ha orillado al precipicio. Aquellos excelentes patriotas debieron en buena política ó circunscribir á la nacion, secuestrándola de las relaciones con los pueblos cultos, mientras poco á poco adquiria los elementos necesarios para imitarlos, ó levantarse con arrojo y resolucion á la altura de las sociedades civilizadas, invitando á la emigracion europea para regenerarnos; pero en vez de esto, todo se hizo á medias, y nuestro código constitucional es el ejemplo y la prueba: por otra parte, se prodigaron sin discernimiento los derechos mas